



Rojas Parada, P.: *Aire de otros planetas. Arte y Estética en la Modernidad*, Cuenca, Ed. UCLM, 2016, 141 pp.

La obra del profesor Rojas Parada consta de cinco partes (sin tener en cuenta su introducción) a través de las cuales recorreremos junto a él, como geólogos que descubren un cristal mágico, las vicisitudes estéticas y artísticas que surgen desde la Edad Media y su pensamiento hasta ese renglón oscuro del tiempo que ha sido denominado como Modernidad (y parte del Romanticismo), a la vez que daremos algún pequeño salto temporal que ayude a clarificar el desarrollo de lo que es germen en nuestra época de interés según la parte abordada del texto. Para comenzar, antes de proceder con cada parte, en la introducción el lector ya se percatará de un léxico y un estilo deliciosos, en el que abundan conceptos filosóficos, algunos juegos de palabras y figuras literarias y una cierta ironía y distancia doble (no sólo respecto a lo presentado, sino también al propio libro que el profesor escribe) que, a mi juicio, resalta el hecho de encontrarnos ante un libro en el que laten múltiples verdades. Ello, unido a una metodología para comprender la estética desde los conceptos kantianos propios de la *Crítica del Juicio*, nos garantiza una lectura placentera y reflexiva.

Sin más dilación, hemos de señalar que la primera parte de la obra trata de mostrar especialmente el cambio ontológico-social que sufre el artista a lo largo de la Edad Media hasta la Modernidad. Esto lo subraya especialmente el profesor Rojas Parada (dado que constituye, en parte, la construcción de la autonomía del sujeto moderno) a través de cuatro puntos clave. El primer paso lo aporta la polifonía, al permitir que el artista celebre por primera vez su subjetividad, su experimentación del talento y su creatividad y no sea la víctima exacta de una sociedad o periodo histórico cultural que demanda artistas en tanto artesanos, bufones o, en el peor de los casos, lúdicas sombras andantes. El segundo camino es abierto gracias a la perspectiva, esa dulce geometría que los italianos soñaron y perfeccionaron, con la cual pudieron acotar los artistas valores artísticos o normas que permitieran una igualdad y un desarrollo del ojo y de la técnica sin precedentes. La tercera senda la recorremos a través del manierismo, el cual conlleva la problemática de la liberación que ha supuesto el arte hasta devenir autónomo; ahora no hay justificación ontológico-social que permita al artista *ser necesario*, por lo que este debe buscar la propia justificación y la trascendencia. Finalmente, el último apartado de este capítulo se trata a través de Cervantes, de *El Quijote*, en el cual ya se anuncia el desencantamiento que se lleva produciendo desde la Edad Media y la final consideración de la novela moderna que no debe nada a sus antepasados ni remarca el contexto y la deuda del lector con su tiempo (emerge así, definitiva, la subjetividad).

En la segunda parte de la obra penetra más profundamente en ese desencantamiento del mundo que se ha producido a través de diversas razones que, resumidas, podrían caracterizarse de la siguiente manera: en el mundo tradicional, el hombre

ocupaba una posición céntrica en tanto que, a pesar de habitar un mundo ordenado jerárquicamente en el cual es ciertamente inferior a Dios, era el único que participaba de lo divino y de lo animal, era el punto donde convergía la unidad; también poseía una posición subordinada en tanto que el ser humano no es fuente de valoraciones ni es el ente que dota de ser a las cosas. En contraposición, en el universo de la Modernidad, el hombre se ha vuelto excéntrico no en tanto que se ha hecho el centro de ese cosmos tradicional, sino que ya no está en él, se ha distanciado como el agua de una red. Además, se ha erigido como el fundamentador de la realidad, el juez que subyuga los entes y dota de sentido las cosas (e incluso a sí mismo).

La tercera parte de este ensayo es la que posee una mayor plenitud filosófica desde mi punto de vista, ya que enlaza lo anterior desde el ámbito ya propio de la estética. Para los medievales, por ejemplo, un ente mismo es bello y el hecho de que a un espectador le conmueva es normal, pues podría ser perfectamente que un objeto no produjera ningún tipo de placer y siguiera siendo bello. La Modernidad, con el viejo Kant entrando el primero por la puerta, invierte esto: un objeto es bello si produce en mí una experiencia estética a través del libre juego entre imaginación y entendimiento que conlleve una finalidad sin fin. De esta forma, la belleza depende de la capacidad de juzgar del sujeto. Ahora bien, para Kant es necesario otro concepto clave a la hora de abordar la experiencia estética: el desinterés. Este consiste para el profesor Rojas Parada en que, para el sujeto propenso y dispuesto a la experiencia estética, sólo importa la apariencia del objeto, su forma; da igual si es una ilusión para el gusto, no así con placeres como la comida para la pura sensibilidad. De esta manera, vemos remarcada la dimensión trascendente del arte.

La cuarta parte hará las delicias de filósofos y artistas, especialmente de los músicos. En ella se trata la música desde tres puntos: la música en tanto que experiencia (estética), la forma sonata y lo que supone para la estética y la Modernidad y, por último, Beethoven en tanto genio por antonomasia. Resulta fascinante el distanciamiento con Kant que realiza el profesor Rojas Parada, ya que se sobrepone a él a la vez que lo emplea, lo usa como peldaño y no como muro. En el primer apartado se nos pone de manifiesto que la música supone la máxima expresión que posibilita el mero juego y la finalidad sin fin, debido a que es forma pura, formalismo total en el cual el sujeto goza de un poder sin igual. Esto se hace especialmente patente a través de la forma sonata, que constituye el segundo subapartado y que permite una creatividad total por parte de los músicos. Desde Hayden hasta Beethoven pasando por Mozart, esta forma consistente en una exposición, un desarrollo y una reexposición, a simple vista no dista mucho de las formas clásicas, pero adquiere un poder estético brutal de dos maneras: en el desarrollo de los temas de las partes, que ahora deben estar interconectados entre sí para formar un todo armónico; y en la creatividad del artista, ya que esta última posibilidad dota al músico de un método para lograr hacer gala de su talento y tenacidad artísticas. Finalmente, el tercer subapartado remarca la creatividad de Beethoven, el cual lleva hasta sus últimas consecuencias la forma de la sonata a través de algo que todos los artistas (y, en general, seres humanos) deberíamos aprender: la constancia hace que alguien con talento se vuelva un genio. Como decía Baudelaire, la inspiración es trabajar todos los días.

La última parte trata acerca de los caminos que ha fecundado la estética desde la Modernidad y de la estética y la sociedad. En primer lugar, considero acertado que el profesor Rojas Parada señale una contradicción en este apartado interesante: la burguesía, que se ha erigido como clase dominante tras la Revolución Francesa

y que aboga por sus principios sobradamente conocidos, margina al artista hasta el punto de ser un paria social, mientras que utiliza la estética de dos formas: como método de universalidad, en tanto que toda persona ahora por sus principios puede atender a él; pero, sin embargo, la educación propia de las clases pudientes es la única que posibilita este acceso al placer de la experiencia estética. A continuación surge un problema interesante y que perseguirá el mundo del arte hasta la eternidad: ¿qué es arte? ¿Cómo acertamos a denominar propiamente cuándo nos encontramos ante una obra de arte y cuándo no? Esta cuestión es abordada desde otra tensión propia del siglo XX: las vanguardias que posibilitan el arte abstracto, en las que ya no queda nada concreto de una semantización de la obra de arte y el *Pop Art*, en el cual se realiza una resemantización diferente de entes cotidianos (la terminología es del profesor Parada: la utilizo como forma de que el lector sienta ganas de abordar el texto para saber qué quiere decir).

Finalmente, de la misma manera que al conocimiento le queda una piedra de toque denominada escepticismo, la estética tiene la ironía para hacer frente a muchos de los problemas de las obras de arte, así como a las propias consideraciones que los artistas tienen de sí, de modo que podríamos hablar de una cierta “metaironía”. De esta manera, podríamos afirmar que el texto es una obra digna de consideración que no engrosa de forma inútil las tórridas bibliografías sobre estética y arte, sino que supone un encanto para los ojos y el intelecto; de alguna manera, el profesor Rojas Parada realiza metaestética.

Nekae Trigo  
nekaets990@gmail.com